



EVOCACIÓN DE LA SEMANA SUBLIME DE LA CIUDADE DE GRANADA
por Luis Javier López Marín

PREGÓN

DE LA SEMANA SANTA DE GRANADA 2023

PREGÓN

DE LA SEMANA SANTA DE GRANADA 2023



Una publicación oficial de la Real Federación de
Hermandades y Cofradías de Semana Santa de Granada

EDITA

Real Federación de Cofradías ·
Vocalía de Cultura y Comunicación

MAQUETACIÓN Y DISEÑO

Luis Eduardo Iáñez García

PORTADA

Antonio Orantes Suárez

FOTOGRAFÍA INTERIOR

Sergio Aguayo Castillo



EVOCACIÓN DE LA SEMANA SUBLIME
DE LA CIUDAD DE GRANADA

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE GRANADA DEL AÑO,
EN LA GRACIA DE DIOS, DE 2023

por

LUIS JAVIER LÓPEZ MARÍN

26 de febrero de 2023
Teatro Municipal Isabel la Católica
Granada

«Aquí estoy, Señor, para hacer Tu voluntad».
(Salmo 39)

«Granada debe conservar para ella y para el viajero su Semana Santa interior;
tan interior y tan silenciosa, que yo recuerdo que el aire de la vega entraba,
asombrado, por la calle de la Gracia y llegaba sin encontrar ruido ni canto hasta
la fuente de la plaza Nueva».

Federico García Lorca. *Impresiones y Paisajes* (1918)
Semana Santa en Granada

«Quien más da, más tiene. Matemáticas de Dios».
José Val del Omar. *Fuego en Castilla* (1961)

A la Ciudad y sus Cofradías, lógica y pasionalmente.



Estera de candor que sostiene las dos torres bajo las que palpita el Amor de la que llamamos Patrona.

En el principio la Luz modeló tus valles, amasó las colinas, brindó calizas y mármoles en la cuna del Concilio. Tintó bermejas las futuras arenas de torres palatinas, ribeteó de 'daurada' cascada la aorta que sangra tus pálpitos.

Inundó el jardín de cármenes que ha sido siempre tu Vega, oasis de torrentes y veredas. Bruñó de jaspes las tórridas esperas que preceden el mejor otoño que la Naturaleza diera al mundo creado. Bajaron níveos los macizos a besar tus poros. Talló cenefas de relieves a las jambas de casas encaladas, argamasó de flamígeros pináculos las esencias que cortejaban tu inocencia antes de que fueras cuna de Imperio.

La alborada creó la mañana de cielos y suelos y de lúcidos hitos convirtió el sendero de historias mayores que hoy colman tus anales de grandezas y escarmientos. Que de sangre, nombradísima agua y pesada losa llenó el limo que hoy soporta la leal ciudadela. Títulos y castigos, joyas y derrotas, fanales y vacíos pergeñan tu rostro milenario a la sombra de tilos, ríos y alabastros.

Aquilataste para la eternidad la tierra que los labios del poeta besaron en la tragedia de una voz yerma. Abonaste la gracia con el reverso del duelo de odios ensangrentados de vileza. Pero también germinaste surcos con los que el sudor de los mortales trabajó sus huertas y propiciaste un espasmo de color cuando el origen aún era quimera en cualquier rincón del planeta.

Tú misma elegiste nombre, vestidura y realeza que no se marchita, porque tu protección celestial vence el dolo del tiempo y lo vela en serena espera cuando uno goza al ver y oír la gracia de tu seña: Aquí... vive Granada.

SALUTACIÓN

Excmo. señor arzobispo de Granada: Se empeña el destino de cuando en cuando en regalar un pastor que huele a oveja en tierras castellanas y evoca el recuerdo de la mudanza sin tribulaciones que santa Teresa y san Juan de Ávila trajeron en nuevos conventos y proyectos. He de decir que en enseñanza cofrade cuenta con un predecesor entregado. Gracias, don Javier, por sus esfuerzos para integrar a las hermandades en la grey diocesana. La misma que, en un mes, celebrará que su catedral cumple los cinco siglos de la primera piedra —como la que Cefas heredó en Cristo—. Y, por fin, tendrá también una bonita y digna iluminación. Gracias a sus promotores.

Mi reconocimiento a las administraciones que, cuando trabajan conjuntamente por la Semana Santa, siempre consiguen lo mejor para este trozo de Granada. No somos los más necesitados, ni mucho menos, pero las atenciones para nuestros desvelos también se agendan en la gestión pública, y es de agradecer. Excelentísimas autoridades aquí presentes: alcalde de Granada, consejera de la Junta de Andalucía, Gobierno provincial, nuestro saludo esta mañana.

Teniente general De la Esperanza, bienvenido a esta incursión suya a las tradiciones de la ciudad de nuestros amores.

Municipes, autoridades civiles, directora del Patronato de la Alhambra y directores de mi casa de la radio, Canal Sur. Mi gratitud por acompañarme hoy.

Presidente y Junta de Gobierno de la Real Federación de Hermandades y Cofradías, muchas gracias por este privilegio que no merezco y por tanto cariño y amabilidad en esta encomienda que disfruto tanto, como me aconsejasteis tantos.

Antiguos miembros de juntas precedentes de esta misma Federación, que tanto me enseñasteis en vivencias compartidas, mi abrazo más sincero.

Hermanos y hermanas mayores, Juntas de Gobierno, igualmente agradecido por vuestro recibimiento, detalles y afecto.

Agradecido estoy también tremendamente a la comunidad de Madres Carmelitas Calzadas y al director del museo de este valiosísimo convento por su deferencia, sin duda excesiva, conmigo en este este escenario que preside el Dulce Nombre de Jesús en su Misterio Pasionista y que lleva la firma de quien tantos amores devocionales repartió en Granada: José de Risueño y Alcónchez.

Queridísima María, toda mi admiración y gratitud y confío que Dios te regale generosas bendiciones para tu joven vida, comprometida, alegre y entusiasta, tal y como es tu personalidad. Siento la carga que te encomendé, pero ya sabes que no había nadie que conociera ese relato de encuentros con la persona que cambió mi sinergia con el Universo. Gracias a ti, se desató un colmado de gracias que hoy se me regalan cada día en una preciosa criatura —mi niña buena— y en tantos legados de amor incondicional del hogar.

Escudero de vivencias, amigos bondadosos, —mis hermanos en Cristo—, familiares propios y políticamente bien hallados y querida tertulia de El Atril, que me ha llegado hasta el alma en su cálida bienvenida. Compañeros voceros, enviados especiales de este mensaje de Pasión.

Cofrades, presentes y los que están ya en los que llamamos ‘balcones del cielo’...

ENSOÑACIÓN

¿Qué quieres de mí, ciudad? Es que no sabes que yo solo cuento lo que veo. Me quedo en tu arco. Déjame guarecerme al comienzo de todo bajo esa herradura que bendice, extramuros, al Elegido sobre un borriquillo manso. También, ese arco pide cuentas a quien la guerra lleva por antifaz. La Paz lo repudia porque Ella cobija a los inocentes que no tienen tierra. Virtud escondida, privilegio de la Humanidad, en tus manos, Madre Nuestra, encomendamos la santa paz: alivio nos traigas en las heridas que desangran tantas vidas.

Bajo ese arco miro al sueño del santo librero y me compadezco de locos en cuya realidad son cuerdos, porque ven más que el pueblo perdido. Aquella alacena de legajos no daba para mucho y, después del Hospital de los alejados, aquel Juan marcó su hito: capacho encendido de amores que de la Cruz hizo la Caridad, y de Granada, la Hospitalidad. Bendícenos, san Juan de Dios, nuestro patrón.

¿Que por qué empiezo, cofrades, de este modo? ¿Qué somos sin el amor fraterno? Si hay regocijo en las palmas y olivos, antes lo ha de haber en los humildes. Esconde la mano que da en el cepillo y perfuma tu cuerpo con la generosidad. Sigue el ejemplo de Alpandeire y de tu santo portugués. Es la regla primera: hacer el bien a los demás, que la mejilla ya se prestará a quien solo tenga un ego que la Palabra de Jesús Nazareno en estos días viene a desterrar. Pertréchate, ahora sí, de túnica, costal, peina, de partitura, la ‘merendica’, cámara, librillo o devocional que unen al curioso y al peregrino hacia la catedral. Deleíta un dulce, da un beso —ese beso— y reza siempre un padrenuestro: feliz estación de penitencia, hermanos, que la venia está por llegar.

Estaba yo en ese monólogo conmigo mismo, tan raro en mí, que no me percaté de la cercanía de una sombra espigada y corpulenta que con decisión me interpeló a unos pasos de mis pies.

—Perdone, ¿me da uno de esos libritos?

No había caído en la cuenta de que portaba en mi mano un buen manajo de programas de Semana Santa, tan propios de la víspera. Como siempre hago días antes de emisiones radiofónicas, reparto ese anaquel de nóminas que tanto se anhela y que yo llevaba tiempo analizando, además, para tomar la pauta de horarios. Ilustrado con la magia del cartelista, la portada llamaba la atención como un prado verde a un rebaño hambriento. Mientras le daba un par de cuadernillos, el hombre me dio las gracias, le vi alejarse y me pareció contento. Me fijé en sus manos encallecidas y la madurez que inspiraba su barba, espesa pero aseada, en un acento distinto, consonante al oriente impregnado de esa calle. Encarando Elvira, caminé tras él cuando me llegó desatada la ensoñación cofrade.

Qué exaltación la del primer día, costero a costero presentándose al pueblo mientras la calle se engulle el canasto que lleva la alegría del Anuncio más hermoso. El que nació en un pesebre reina triunfal en la entrada a nuestras vidas. Tramos de infancia que rascan con sus palmas la panza dócil de la burra que presencia la llegada del Rey divino. Como dijo Él, no impidamos que se le acerquen (Mt 19, 13); dejadlos, o ¿es que no veis como las manos les impone? Es de su Gracia este Reino de gozo pueril que ni se altera ni se corrompe en su inmaculada nobleza. Ahí está la mejor enseñanza la de esa chiquilla que corre a seguirle, con su madre, que le muestra la mejor catequesis. A la vera de Jesús, sigue su andanza triunfal.

Un chiquillo que viste de hebreo demuestra en ese Domingo su ilusión de acercarse a Él; es imbatible ese recuerdo de su primera fe. ¡Qué valiente la hermandad que nutre sus filas de nuevos cofrades! Y si no los sacan en los tramos, les reparten esperanza como en esa cabalgata que dedican a los capitanes de la vida en una planta de hospital. El futuro de la infancia de Granada ya tiene su reclamo en un retablo que San Andrés custodia en la cerámica que anuncia a los niños hebreos.

Rememoré las llaves nazaríes palpitando saludos en golpes de plata cuando pasé por el retablo de la Muchacha vestida de verde y me resultó familiar la estampa de mujer y niña.

—Elvira, vamos; no te distraigas —dijo la mujer asombrándome de la casualidad de escuchar un nombre tan oportuno como la senda que mis pies vagaban. Y, así, ellas se alejaron.

El nombre de la niña me transporta al sueño de la hora que el callejero cofrade ansía: Elvira, cuatro de la tarde.

¿Y tú que camino tomas el día de palmas? ¿Eres de los que, después del gozo de San Andrés sigues la vereda de tus pasos frente al Hospitalico que custodia el Corpus? Duele saber por la memoria escrita de otros que, en este punto, San Gil ya solo es nombre de plazuela triste y sucia, desterrada de los sagrados suelos, justo donde un azulejo evoca a unas Angustias por la Alhambra.

No me había percatado en mi paseo diligente por la estrecha vía que el señor de antes me precedía, a no muchas zancadas, absorto. Justo donde me gusta pensar que la Encarnación de marzo se entrecruza en el calendario y deposita el Bien preciado más Alto en la cintura de una Nazarena, de humilde casta por Adviento.

La llaman la Plaza Nueva
porque parece que un río
de renacida agua anega
la entraña que ya devora
una urbe desmedida.
Solo parece entender
ese atiborrado espacio
de leguleyos, turistas,
de artistas y mercaderes,
algunos días al año,
la hermosura de posar
los pies sobre el Darro
cuando el deshielo desborda
y se ensanchan sus aristas.
Se cumple de nuevo el rito.
Alegato discursivo
que resuena en la palestra
de una amoratada pátina.
Certo el tiempo detiene
la memoria que desgarrar
la Sentencia: ¡Cristo es preso!

Enmudece el mejor defensor de causas hasta cuando las demandas son probadas. El estrado de amores y sacrificios avanza en solemne comitiva hasta el patíbulo. Solo una clámide rinde cuentas al vulgo de justos y necios.

Ante el paso de misterio, en que Pilatos rechaza el agua que el Dauro le da para redimir la tibieza, nos enrocamos al senatus de derechos y deberes viendo esa cara amoratada. Y Sus manos tensas, Su legión de cardenales y vilezas. «Jesús de la Sentencia, cólmanos de ejemplar bondad», Te piden en una saeta cuando la reja negocia dejarte virar hacia la Carrera. ¡Tú, que, a fuerza de dolor, procuraste la gloria eterna al pobre pecador!

Ese sufrimiento tiene su contrapunto en el retal de lindezas cuando las celosías amagan con esconder el celofán de la noche sobre el cajón de un palio. Maravilla íntima en escorzo tan sincero que siempre recoge el bisbiseo de esa oración tímida pero acuciante. Tras una puntilla de encaje excelsa, recuerdas la víspera cuajada de pálidos rosas que jamás se tomarán más puros, pues temen robar luces que solo Ella sabe acaparar. Ese crucero guardará el mejor brillo que sane la puerta para hacer menos mella en la cerviz costalera. Pedro y Pablo recogen y aspavientan la palabra cristiana que una Muchacha medita en su corazón. Cofre de cofrades, músicas elegantes y bordados con ingenio, para sacarte del dintel cuando todo amanece aunque la claridad mienta en una tarde de privilegio.

Qué incapaces son los tópicos
alambrando Tu dosel regio,
y las tocas de Zafra añoran saber,
a la altura del cenobio,
por qué el rostro de las Maravillas,
que en Ti hizo el Creador,
aquí permanece.

DIVINO PODER

Se añora ya, en ese gran embovedado de cemento, el momento de la sucesión de capillos multicolores que la Semana Santa regala a esta ciudad caprichosa, que lo mismo enlaza blancos de Lunes y cárdenos de Martes que negros de Viernes. Siempre digo que Plaza Nueva es ese centro de tantos capirotes que buscan rumbos de ida y vuelta en la cúspide de mis días solemnes.

Y ¿sabes cuál es el vigía del mejor arco de esta explanada? El de una parroquia que es centinela de Su Manifestación; antes a resguardo en la Chancillería. Aquel rectángulo de filigrana escucha la llamada, preciso en sus faroles encajados, cuando lo portan chavales de faja verdina mientras el reloj interpela a la torre azulejada de azules, blancos y —cómo no— verdes: ¡suena el cerrojo en Santa Ana!

Que avance el hermano portando el libro de reglas, surcando la calle con su orla de cultos que este Martes una venia exige. Secretarios pasando listas junto al callejón, mayordomos repitiendo normas a los tramos, ya revueltos junto al altar, y camareras con la satisfacción de acompañarla cumpliendo el ritual del gris humo y la perfecta vestimenta. Acólitos firmes, escanciadores de inciensos y fiscales que velan la hermosa levada de chiquillos hasta la escolta de ciriales en alza. Cultos en el frío; la larga jura de hermanos; el himno postrero acordado cantándose cuando el consiliario venera, ante el cancel, a Su Madre de la Esperanza. La víspera del Que Está Por Nacer, Poderoso porque hizo la Voluntad del Altísimo. Dinastías completas y números que bajan en puestos de honor cuando la nómina se abraza en la eternidad a los hermanos que ya tocan para siempre la manigueta espejada de celestes. Generaciones mostradas al futuro por la Candelaria. Primeras ‘levantás’ de enero, convivencias de ensayo de banda y trabajadera.

Todo pasa por esa rampa
que cruje, aterida
de impaciencia
porque una rodilla,
a su veta,
por fin amolde
el peso de la madera.

El corazón de la muchedumbre late con el avance de la cruz de guía y le siga el estandarte antiguo rodeado de escapularios. Anuda bien el cingulo, nazareno, que no te deslumbre la luz del clamor de la plaza. Capataz, llama a tu cuadrilla y permite que arrase el Amor del madero que ni querubines quieren tocar. Si ves el horizonte, la enseña del Nazareno de Mora que precede se mece en taracea por los vértices de la memoria. Te anuncian las hermosas décadas de los hermanos del Vía Crucis para que otra estampa sea cierta: la del Gran Poder en el ágora de la nueva Judea.

Túnica brocada o lisa,
encintada de promesas
que cuajaron en una talla
la inmarcesible Potestad.
La pértiga martillea la tierra
que Tu mies ha de sembrar.
Escalera de Jacob,
pecho plateado
que asciende al parnaso
de tu orfebre costal.
Alimento de certeza,
mística de iris que anuncian los nazarenos,
cera enquistada en guantes de pureza.
En esta vida llena de trances,
danos la bienaventuranza,
Jesús del Gran Poder,
tú que sostienes
la Cruz de la Esperanza.

FRONTERA

En la frontera de la plaza veo otra vez su perfil sereno iniciando el sinuoso empedrado de la Carrera del Darro. El hombre de antes había detenido su mirada en un azulejo de las Angustias, la mejor guardiana que puedan tener los vecinos de todos los ríos de Granada para conservar cuerdos los sentidos. Parecía estremecido y no me vio llegar. Me dio apuro y lo saludé quedamente por si no tenía interés en salir de su rapto.

—Perdone, ¿quién es? —me preguntó.

—Ella es la Virgen, fiel a su patronazgo, que tiene esta tierra —contesté sin pensar, al tiempo que me pareció vislumbrar una lágrima serena descendiendo por su curtida mejilla y perderse en el cabello anudado de la cara. No quise interrumpir pero, al ver que me seguía, le tuve que interpelar por cortesía:

—¿Y es usted de aquí—?

Silencio seguido de un escueto:

—No —y torcía la cara hacia el puente de Cabrera cuando aseguró sereno: —Me llamo José.

Pasado el oportuno cumplido, me confesó que quería mirar un poquito más a la Mujer de arriba.

Ahí permanecí yo solo, sublimando. ¿Te acuerdas de la sonora Madrugá que te cala a la vera del Bañuelo, o la cantata de Salve que marca el inicio de la estación? Ya sabes, esa cohorte inmaculada que punza con bandera estoica la noche que

solo Ella sabe ganar, Diadema de brillantes en una ascua de pesares que solo sus cofrades de San Pedro pueden almibarar. Es curiosa la pátina de colores que un llanto tan sublime acoge bajo la doctrina Laetare de la Cuaresma. Son perlas todas las ofrendas que Su cortejo lleva un Lunes cuando la vida te regala tantas esperas ciertas. Que sí, que esa Señora tiene auxilio de cruz del Apóstol que cruza las fronteras de las iglesias más ortodoxas. Traspaso dicen que Su nombre evoca, aunque yo no creo que exista pena tan gozosa como la de ver la Carrera fundida en esas rosas que, a la Madre, alivio de los Dolores reclaman. Por el Cadí, o excusando la vista de San Bernardo, me surge la duda: ¿por qué esta Madre siempre tiene en su regazo tantos pétalos guardados de todos los años? «No es muy sesuda la contestación» —musité—. Ella tiene todo el amparo que en sesenta años la ciudad entera ha ido guardando y se lo devuelve el segundo día santo, empapado o tiritando, en esas pequeñas joyas que, con telas de Lyon, se quedaron para siempre a la vera del Darro.

Es esta calle donde pasa, dos veces el mismo día del año, la virtud que custodia el presente de generaciones de cofrades.

Eran pocos y modestos; hoy, su primor es envidia tras décadas de penuria y mudanzas de urgencia. Se atisba bajo los capillos el sabor mudéjar, su regente saber estar por encima de guerras, exilios y plazos de respuesta incierta. Finalmente, un Nazareno colma de sentido lo que cuatro brazos de una Cruz entonan al transitar por el arco que da paso a una cuesta. Allí está la Amargura, sin esconder la fatiga ni la crudeza de la Cruz que se arrastra por la vía que conduce a nuestro pasado. Sin vuestra determinación, ningún renacimiento hubiese en los años veinte y que hoy nos congrega aquí sin complejos y deseosos de verle por el vericuerdo de San Juan de los Reyes. Quiero, Señor, que siempre cobijes a la hermandad de los cofrades obstinados en hacer renacer el fénix que dormía tras siglos procesionando. Aquel intervalo maldito acabó el día que un Vía Crucis elevó su plegaria en Fajalauza y ya nunca marchitaría lo que hoy es el germen de la elegancia involuntaria de una Madre enaltecida en reales plegarias.

Cruzando ese arco de Jesús con la Cruz a cuestras, está la frontera que el Albaicín crea para no mezclar sentimientos y dejar cada cosa en su sitio. No es por enfrentar pasiones ni levantar aduanas de nacimiento. Lo hace para mantener la esencia de dos barrios que se aman y se necesitan. Antes de tomar calle arriba con la pena de ir de espaldas ante la postal evidente, hay una senda que un mozo pintoresco, precisamente conocido como el «príncipe de la Alhambra», preside orgulloso ante la puerta de la zambra. Ahí, en su barrio, emulsiona la casta para hacer la

danza. Ahí, los ‘quejíos’ muestran tanta pena que la montaña se adueña de los piropos y no los suelta hasta que el amanecer los quiebra en su morada eterna. Ahí, dicen que se cuentan por cientos los restos de los mártires y que reposan porque ese yacimiento perpetuo es la mejor esquina de la Tierra. Se juntan las calendas, los honores y los cantos para venerar a un santo misterioso, ganar una Abadía y perder la razón en los libros plúmbeos. Pero si algo deslumbra, es el soniquete de palmas que trae a un madero y que la cristiandad ensalza. Tengo fresca una madrugada —la más larga que Granada depara en compañía de una cofradía— que rebosa de llantos que solo el Monte Sacro puede disfrazar de besos ardientes en una noche de brasas; las que queman almas flamencas burlando cortesías penitentes y erradican de los payos sus miramientos en honor de Aquel que también se sacudió las condenas y los desprecios. Aquí, en las rampas que guían los mapas del padre Manjón y las hogueras, hasta las estrellas se plantan gallardas para que el firmamento no desvele el clareo de un alba que terminará el sueño de Consuelo y Sacromonte.

Dejo, apenado, la manera que tiene la ciudad de entregarse a su monte, de perderse cuando le conviene en parajes de avellanos, pitas y bosques a solo dos pasos de enamorarse profundamente de las tardes amargas. Subo con resuello recordando los espartos que aquí he cuajado en mi amado oficio. Fue la radio la que me proporcionó brújula sin norte para afrontar el encalado barrio y fue cuando mis pobres cálculos se entregaron al destino caprichoso de la geometría albaicinerá.

GEOMETRÍA ALBAICINERA

Cuadernillo de tapa amarilla, papel manido y transistor de pilas. Y tira para arriba, que la audiencia espera que digas lo que ya sabe; que venga un Nobel a rebatir que las distancias del Albaicín no son normales y continuamente se alteran con el mismo resultado: una oda a la belleza.

En una calleja la física se esfuma y treinta hombros desnudan la gravedad que debería quebrar un palio. Los varales se aprietan, las maniguetas se pliegan, las zapatillas se elevan, las esquinas besan lo que sería un roce normal. Llorarás a tu razón desbordada, incapaz de atenerse a un ritmo educado de pasiones. Todas se engullen desde que el cancel más envidiado del orbe se torna en ventana de una destreza inmaculada: aquí nos cautivan los perfectos realces que el Amor y la Entrega niegan en cualquier otro lugar de la Tierra.

El olfato se desvanece con el compendio de flores que la Dulce Escogida luce en el manto de Su cielo. Azul concepcionista que, de protestaciones y juramentos, se crece en esta arcadia andaluza y hoy besa a la par las almenas bermejas y las piedras de hermandad principal. Sobre el maristán renacido, Concha es el nombre que aquí se otorga porque place a Quien únicamente merece, en la génesis del Hombre, alumbrar a Su Divino Ser. Nacerá el primero entre pares desafiando fríos y valiéndose de mares celestes para coronar los pies de este valle que, aquí, tiene menos lágrimas por nacer del Edén.

Medid, si queréis,
la pureza de trazas
de este palio de platas cegado.
Tiene la Concepción en el mapa,
donde cartabones se estampan
ante un tablero de casas,
la apología del Jueves Santo
a los pies de la Alhambra.

Y saliendo del monasterio, el reto del cronista que ha salvado la cobertura del alma sin un retardo se encamina a una Dama de Blanco que verá Su reflejo en la noche que siempre es clara. Es la verdad de cuando la luz no se esconde y triunfa. ¡Qué tinieblas puede tener el Universo si Ella llega vencida de gracias! No es que aquí la Pasión sea más liviana, es que se adelanta el Misterio que asciende en oleadas de júbilo.

Por San José, el fiel Esposo, ya surge un rumor que confirma que, aquí, se estaba en lo cierto: no nos defrauda el Amor que viene cruzando capas de ruido blanco. ¡Aurora es Tu nombre y sagrado es Tu velo con el que amas a Granada desde el lubricán eterno!

De San Miguel eres Embajadora. De Santa Isabel llegarán los que Te besen la frente para no perder de vista Tu origen en la plebe que Te grita sin descanso. Dulcificas las agrias tempestades. Enderezas el paso guiada por un sextante de hombres de blanco. Tus ángeles sin costal son la carta de navegación que lo Alto señala. Ante la amenaza de herir al Bendito de Judá, Tu nombre destierra los azotes de las armas. Blanca es Tu paz, profética Tu Alabanza, gloriosa Tu boda con la Verdad. Por eso, tu hermandad en el Arcángel confía para vestirme de novia perpetua, pero no de un barrio o un planeta. ¡Aurora, eres la Esposa de toda nuestra existencia!

NAGGAR

Salía yo de mi visión del día del Amor Fraternal cuando José me sorprendió en San Miguel Bajo con el repullo de aparecer de una calleja con ese porte humilde, pero nada debilitado. La calle que baja de San Miguel le llamó la atención:

—¿Qué hay por ahí?

—Mejor luego vamos, que, aunque el nombre te vendrá cercano, quiero mostrarte una vista de ensueño...

En ese instante, a un ebanista que salía de una casa se le cayó un buril al suelo. Rápido el misterioso hombre lo rescató y lo acarició con cariño —al menos me dio la impresión—, admirando el coqueto instrumento. Tras devolverlo, balbució: «Es casi igual que cuando era *naggar*».

—¿Cómo dice? —le miré extrañado.

—Ah, sí, carpintero creo que le decís aquí.

—Así que usted trabajaba para un taller, supongo.

Me pareció emocionado cuando emergió el pecho y dijo:

—Sí, un taller que era mío y conmigo acabó, pues el mejor Aprendiz que tuve... se dedicó a otra mejor labor.

Me pareció entrañable el relato que hundiría su tiempo en los mejores años de José.

A él le insistí que el Albaicín me demuestra que las sumas siempre multiplican y las restas nunca menguan. Por eso es tan generoso este arrabal con sensaciones

como las que muestra el Carril de la Lona. Ahí, la fascinante vista le nubló y señaló, curioso, una playa de vías a la derecha.

Y me vino a la mente esa estación que se traga la memoria de recuerdos de unos pasos junto a un tren que ya no va a ninguna parte. No hay billete de vuelta para esa cofradía antigua que tiene colores granadinos en su estela de farolillos de compañía férrea, que sí conserva. Dificultades y arrojó para salir a la calle. Una lona y una escalera, el Cristo antiguo de Siloé, retales de hierro en un almacén ya perdido de ferroviarios duros como las vigas. Y con ese gremio entregado, Ella ha reinado en Su barrio. Incluso, antes de que Su Amor se cobijara en caireles eternos, esa Madre protegía el Trabajo de transportar almas a su destino. Ella nunca tiene palabras esquivas, porque sabe que un Viernes Santo se anuncia una partida frente a las cumbres y casas nevadas de la morería. Creo que Su maternal abrazo siempre es más de lo que el cuerpo enfermo ya puede rezar. Por eso es tan generosa ante el deseo de la Buena Muerte, implorada en desesperos de creyentes y escépticos, que ya son pasajeros de apeaderos con nombres de pacientes. Cuando el ánima está expectante, la plegaria de María gobierna sobre el calvario de hiedra y calavera. El olvido no querido, las enfermedades con apellidos extranjeros o las más comunes en el sufrimiento claudican ante la que es honra del barrio de los Pajaritos. Allí, en Su Reino, seguro los trinos anuncia el palermo de un revisor o maquinista revestido de nazareno. Pese al llanto y al velo negro de ese día, el puchero granadinísimo de la Virgen ferroviaria custodia la pena de toda Granada. Nuestra ciudad rojiverde, agradecida, ahora también la guarda en un cajón que el mejor pintor le hizo para guardar los capirotos y farolillos de latón que escoltan la capilla de Sus rezos. Cuidate, cofrade, de llegar a tiempo porque perderás el vagón que abre la jornada más sacra, en la que nos echamos a los brazos de una Madre que quiere que todos Sus hijos tengan el buen tránsito del último viaje.

NAZARENO

—Se nos hace tarde, José. ¿Tiene fuerzas de ascender a ese cerro?

Su mueca amable fue la respuesta y empezamos a subir peldaños hacia esa colosal torre.

—Déjame que te cuente que un Lucero se resiste en esa atalaya a dejar que las tinieblas le amenacen. Hace tiempo se le pidió a un artesano de Itálica que fuera haciendo acopio de sarmientos para hacer un busto que recordara a aquel barrio más alto, que contaba el privilegio de las vistas pero carecía de templos llenos. Para eso, se encomendaron aquellas gubias a los astros que diseñaron para los hermanos de negros y oros volados un trazo despierto que evocó la Niña de ojos azules que la Cofradía deseaba. Pero aquella feligresía no se quedó para sí tal Lucero y lo compartió desde su mirador cada Jueves que reluce vestida de Sol.

Engalanaron alféizares,
entelaron doseles
bordados y cresterías
para albergar la Gloria
a la que la Plaza Larga
llama de recogida:
Estrella de una mañana sin fin,
Estrella albaicinera.

En este Albaicín somos afortunados por poder andar la travesía que emula la noche santa que seguimos recreando. Un Cristo asciende por Alhacaba y avanza sin tibieza a la calle Pagés en una Pasión inabarcable que hace temblar las certezas del Antiguo Testamento: ¿será Éste el que vendrá a salvarnos?

Se cruzan en mi recuerdo escenarios de iris y racheos melódicos bajo un Hombre que siembra, también al mismo tiempo, buenaventuras junto a una lejana plaza del Pan.

En una rampa
desciende al pueblo,
el Poder del Elegido
que no es soberbio ni humillante;
basta con verle abrazar el dolor
para saber que Jesús de la Pasión
es el Divino Salvador.

José se interesó por conocer más de la figura de Ése que llamamos Nazareno. Aquí, conocemos al Jesús Caído que, también tiene morada en un cenobio isabelino. Sabemos de Quien cruza el antiguo barrio de maniguas para el ejercicio espiritual que san Juan de la Cruz proclama desde un ciprés centenario. No podría haber mejor convento que retara al mundanal ruido en la oscuridad del alma y por eso se eligió el Descalzo Carmelo para también albergar a un Jesús Nazareno. A Él se le sigue por el camino más corto de nuestras calles pero con la memoria más profunda de la Eternidad. Es bien sabido que no se aplaude la marcha sin tregua que por corrales, alacenas, bodegas y Varela cruza discreta. No es casual que ese Miércoles, Ella siga los pasos del Caminante sereno: la Merced del cristiano recoge para Él todo lo que el pueblo le ruega en plegarias. Esas manos orantes son la escuela del rezo de madres religiosas y de las que dieron a luz pequeños cristianos de canastillas que de morado visten su anhelo. Merced que bendice a la familia que ora en ese templo para bien recuperado y escuda un retablo donde el carpintero lega a Quien hoy vence al suplicio la mejor estirpe que se encumbra en un barroco paso. Porque la sombra de ese progenitor fue tan buena para Él que nunca le olvidó en su trance, cuando se encomendó al gran Padre, que una vez hiciera soñar a José con el anuncio del Ángel.

Confía, cristiano,
que la espada de fuego
en tu templo renovado
nunca cae sobre la Gracia.
Mas la Madre protege
cuando el cautivo,
atado siempre,
eleva una oración de Merced.

A mí también me llega una murmurada retahíla de capirotos negros que avanza hacia mi alma. Viene la Santa Titular marcando el surco del más profundo pasado. Y, detrás, el Nazareno de la Cruz Alzada.

SILENCIO

Escucho, entonces, muy primitivamente un eco desde esa candelería que va venciendo el amanecer. «Pero Éste no lleva la Cruz al revés. No. La porta en un fervorín de Victoria, herido de Amor en Su Omnipotencia, pues entendió que Ése era el fin para alcanzar el Logos del Padre: El Todo». «¡ESTÁ!» Es el grito único que precede el oro y humo, que es mi completa Divina Comedia donde se resumen todos los estados temidos y anhelados. Infierno, Purgatorio y Paraíso aúnan esa luz que llena de espacios el hueco que aún no se ha embrujado bajo el antifaz nazareno. Éste es, Granada, también para mí, mi Silencio. Y mi nostalgia de procesión, que tú seguro que tienes de mil formas diferentes guardada en ese cajón perenne de recuerdos.

CAUTIVO

Con ese chasquido volví de mi callado pensamiento. Era José, que reía cuando una perrilla gruñona —muy típica del paisanaje— le olisqueaba y, a la vez, se dejaba acariciar.

—¿Qué es aquello? —me dijo señalando la alfombra de casitas a la vera del lujo escondido de la Cartuja.

—Aquello es el porvenir, donde más cala la verdad del Que seguimos.

Se refería claramente a la zona norte, donde se pierde la brújula de la ciudad, donde más tiene que iluminarse la estela de la dignidad y la prosperidad. La espalda de Granada no ha sido nunca la Sabika; es Almanjáyar. Nos hemos resistido también los cofrades a mirar allí, donde el compromiso es más urgente porque necesitan elegir qué quieren ser, atribulados —para colmo— en casas que encender. ¡Cuántas veces hemos rechazado en esta ciudad a los que van hacia el cadalso de la perdición y de la frustración! Permittedme, hermanos de fe, que sume a la mesa de honor de este pregón a esos cautivos de tópicos y heridas que tanto me suenan a una estampa del Domingo de Ramos. Sí, porque hay mucha gente que camina en el abandono de discípulos para que escuchen sus historias que bordar sobre la túnica blanca de humildad. Padre Cautivo, sencillo y sereno, cómo no acordarme de Tu paso bondadoso y decidido al único camino al que quisieron llevarte con ese beso de traición. ¿A cuántos llaman amarrados a la condena que a otros les interesa? En esa tarde de júbilo y expectación me acuerdo de toda la gente a la que le falta conocer que Tu Pasión fue para salvarlos y que no estarán solos ni bajo un olivo al raso. Que tienen hermandad franciscana en muchas buenas

personas —un defensor ciudadano y un cura valiente que grita en el desierto— y que cada día dan calor y honor a las vidas perdidas en baratos camelos y bolsas de monedas prometidas. Señor, nos acogemos a Ti en la plaza del Sagrario que llevas a Granada para que siga Tu abrazo, que algunos ven maniatado, y yo creo que está siempre de nosotros esperando.

GRAN DAMA

Paseando tan granadinamente fuimos, después, hacia donde la Señora de porte monacal manda en plaza con el solemne triunfo de la heráldica de Su nombre: Soledad. Los Viernes Santos es costumbre en este lugar maravillarse de la majestuosidad de una cohorte enlutada que sabe sepultar exquisitamente al Hijo del Hombre. Lo que hoy se corona de plata en los anales de la historia, se ha renovado cada año en los senderos de naranjos en los que la multitud le acompaña.

Gran Dama de esa noche tan preciada. Acotas el espejo de la historia entre un monasterio y el primer templo. Como aquel primero de noviembre, cuando se arrodillaron los ángeles ante la plenitud de Tu Gracia. Soledad de mantos regios, retablos que enmudecen su gloria plástica; que nada ofenda la belleza pálida de Su cara tras esa trompeta amarga que el mundo escucha en un cortejo fúnebre de piedad centenaria.

Ya por los 1800, se sabía que Su nombre era guardián de tradición y pasarela de siglos para que a Ella volviera el esplendor de una fiesta. La misma que Su paso va nutriendo de nostalgia por la prisa del calendario tras el Nissan de la primavera.

Dulce es Tu amparo.
Sanador, Tu abrazo.
Que no son clavos
los que en Tus manos se cobijan
mas es un llanto, como otros,
que será vida,

tras letargo mortal y humano.
Tu corona dieciochesca,
la palmera que sacia de sombra
el oasis de nuestro desierto;
y una chía, del color del tormento,
que se evade con el atisbo
del trono de Reyes,
que Su Hijo tiene en un lienzo.
Marca la hora, sor de nobles apellidos, y tañe...
Tañe, sillar que esquilmaron los franceses.
Sostienes la herencia de una vulgata
que el iluminado Jerónimo
marcara en legajos que, hoy,
el Evangelio dicta en púlpitos universales.
Cómo no se iba a coronar
el alma de Tu barrio, de Tu solera,
exquisita Madre de toca negra.
Tu amparo nos provee toda plenitud.
En Santa Paula, la Catedral
o a la vera de Tu compás,
siempre nos guareces
de nuestra amarga Soledad.

Fue tras Su solemne coronación, cuando la excepcional Dolorosa fue a la plaza de la Universidad: esa noche, un paraninfo de letrados y legos donde se impartió la catequesis de devoción y arcadia musical cofrade. Cual Manifestador solemne se percibía la presencia de ese Cristo de la Meditación —encarnecido de vilezas— que predica en un gesto humilde el triunfo de la sapiencia. En este caso, la tesis doctoral se lee cada Miércoles Santo como aquel de 2005, cuando el cum laude de la hermandad se fraguó en una tarde que guardamos como clase magistral: la perseverancia de la fe y la bondad vencen siempre a la mezquindad. Aquel desafiante paso añejo albaicinerero llevó por cuadrilla doctorada la pastoral universitaria, manteniendo vivo el legado de fe del colegio jesuita ante el Santísimo Sacramento. Esas honestas túnicas burdeos ondean desde entonces con letras juglares, coreadas en tuna maestra y jovial de devoción sincera. Y ante el palio que gloria Velázquez coronando a la Virgen, en homenaje del artista de la tierra, se canta...

Tú tienes Remedio,
siempre Madre,
para nuestro justo reclamo.
Al licenciarse en la vida
das beca de honores
a los buenos Estudiantes

LA RADIO

Avanzando ya por el centro, José se interesó por mi colegio. «A Jesús por María» es el lema que —le dije— todavía resuena cuando mis pasos me llevan Escuelas abajo hacia la memoria de un camino diario al aula marista. Allí fue donde tuve un flechazo que fue primero curiosidad, luego pasión y después carrera profesional: la radio. Y lo primero que conté a un micro, casualidad empecinada o vaticinio, fue en un espacio juvenil cofradiero: vamos, la tertulia que nos gusta tanto con marchas intercaladas que traía un chaval espigado y acertado crítico. Allí también hubo uno que acabó siendo pregonero, aquí en este atril, que venía de Motril y que clavaba las palabras como nadie: apasionadas, sinceras y con el equipaje de proclamar divulgando lo que en este teatro bordó un domingo de Cuaresma. La vida es así, te regala y te vuelve a dar, a veces, grandes oportunidades para agradecer lo que te ha permitido ser quién eres. Como aquel bonachón ‘cuentacosas’ que me llamó a Santa Paula para radiar en un estreno nervioso de Ramos la cofradía de Jesús Cautivo saliendo a Alonso Cano. Bautismo de fuego no sé, pero aquella adrenalina me dejó pasmado y todavía recuerdo feliz una sintonía...

Una pieza musical daba paso a las noticias en un estudio forrado en madera en el que otra pregonera nos abrazaba con su cálida y perfecta voz —esa gran mujer me precedió aquí también—; mientras, un imponente director nos enseñaba la perfecta dicción que este ambón también, un año 2000, sirviera para su hermoso pregón. Todo se almibaraba conociendo personajes, historias, debates... En fin, cofrades. Algunos me encontré después en el camino que también fueron dignos de la asamblea del atril: una sevillana entusiasta, un muchacho alto que pulía perfecto los deportes y que tiene algo de mago, aquel onubense que amó tanto a

Granada en el periódico y en la tele; otro que te transmitía su pasión por el cine o ese que abría mi apetito de oyente al son de una marcha en la emisora de Gran Vía...

Y otros que se merecen estar aquí mucho más que yo y son siempre importantes en mi corazón: un hijo ‘greñúo’ del Realejo —claro— que considero hermano, el hijo del Juan entusiasta de la cultura, el cronista que me enseñó a hacer la radio de todos y la que es verde en mi corazón —¡y dale, niño, otra vez el verde!— y tantos que son hoy también tan cercanos con programas de Cuaresma en nuestra hermosa labor: contarte a ti, Semana Santa.

Me llena de orgullo esa gran familia de mi profesión que ahora es Canal Sur Radio y os doy las gracias por lo enseñado y sobre todo por lo vivido. Sois mi imprescindible cofradía, con un diputado de tramo y director que organiza y aconseja sabiamente, madrileñas, palentinas, cordobeses, hispalenses y algunos granadinos que siempre guardan la fila y prestan su honradez y su cariño cuando arrecia... el sinsabor de alguna procesión.

A José le gustó que hablara de mi trabajo porque me dijo:

—Ser buen Obrero es ser buen hombre.

Y me pidió, entregado, que siguiera contando adónde llegábamos.

UNA PALABRA

Nos introducimos en las calles estrechas donde pasa aquella cofradía sin palio, sin mantillas ni altas velas. Por aquello de ser el Señor del barrio —que cada cual use este concepto lo ancho que quiera en su corazón— siempre me rendí a ese otro arriate devocional que tiene su manantial en la Magdalena. Un torrente de sentidos de púrpura y dorado: Jesús del Rescate. Todo se aguza cuando Él viene decidido a buscarte con la mirada que todo lo sosiega y ordena. ¡Qué mágico es verte emboscado en un Moral, un Postigo o en la calle del Obispo esperando tener Tu cielo a un palmo! Ahora, hasta los niños Te llaman a voz tierna para que levanten el paso. Y, aunque Tus cofrades nos regalan un Viernes de espera el rezo por los vericuetos de Verónicas y Jardines, nunca es suficiente el tiempo para verte al raso carmesí de calles sin escarnio. «Esta es la generación que busca al Señor, que busca Tu rostro, Dios de Jacob» dice el salmo (Sal 23, 1-6) y donde todo el ajuar celestial se funde en un topacio.

Y ¿cómo voy yo a Tu Casa? Con mi cuerpo manchado de miserias no puedo siquiera palpar el cancel de frío yerro. Me asusta saberme inapropiado de la bendición que Tu sola presencia otorga. Tienes la bondad de ver a quien no Te busca, de oír a quien no Te habla, de sentir a quien su impiedad no Te alcanza.

Elevas al humillado al escalón de Tu inmutable paso. Te doy las gracias por permitirme arrimar mi cansancio a la hornacina de Tu Nombre. Y siempre acabo diciéndote lo mismo, Rescate: no soy digno de codiciar Tu salve. Que sea, por los siglos, Tu Palabra, la que baste para sanarme.

POR SAN ANTÓN

De repente, vi una tristeza profunda en su rostro. José era ya otro. «Hay imágenes que nunca se acostumbran a los ojos», me dijo. Con esta reflexión, que me abrasó la entraña, avanzamos por San Antón. Aquí, también, un hisopo renació a la vida aquella ilusión de juventud encomendada a un Jesús dialogante con el Padre. Así, se colmó la osadía plástica de nuestra Pasión granadina. Causó revuelo un Misterio de Entrega a la Cruz. Con tesón y con la necesaria locura crecieron las andas que el santa sanctorum de la Cartuja inspiró. Sibilas, dados de un 13 de mayo, cruces sanjuanistas, una sola mantilla blanca, el cáliz y las flores del campo... Recorriendo un barrio de Madrid de madrugada o llegando a Fígares en una noche ya consumada. Todo fue un revulsivo que alcanzó, un agosto, la bendición papal del futuro doctor de la Iglesia, Benedicto. No cejó la hermandad en abanderar con el culto, la corneta o las esperadas fiestas del calendario tradicional el tallo reavivado de la fe de sus cofrades. Cofrades de Jesús Despojado.

Y llegó María... Aquel Dulce Nombre, que bajo el palio de una basílica Inmaculada tuvo su unción con Granada, se hizo esperar hasta encontrar la noche azul que cubriera Su incipiente llanto de entreluces de la primera jornada. Bastó la primera mecida de aquel 14 de abril para cuadrar el saldo devocional con el que se cerraba el sueño: el que un Ángel anunció mediando el día de la Encarnación.

Y junto a la escolta blanca de altos cirios, otros del color de la tiniebla les dan la mano. Fueron dos aspiraciones que artesonaron la nómina federada de cofrades en Granada. Sumaron el renglón de la rejilla de horarios que faltaba.

Consolación. Madre, que recibes el don paráclito entre el carey plateado de la realeza celestial, siempre, siempre, acompaña el paso de tus hijos como prometiste, en el llanto de la Sacra Conversación. Y rememoro a Aquel que fuera también Nazareno de Santa Ana y que guarda feliz oración recuperada en este remanso de liturgia mimada y preciosa. Ahora Te llaman de las Penas pero guardas también la Epifanía en un cingulo trenzado de historias de cofradías, junto a la alacena de las monjas.

Ahí, ante el retablo de loza de la capilla, fue cuando noté esa Protección. Un árbol que, con sus brazos, aprieta los clavos de aquel Buen Fin que en el primer verbo ya fue Palabra. Bisbiseo inconsciente: «Cristo de San Agustín». ¡Cómo deseo acercarme en la antesala del festín a Su catafalco señorial! Porque si quieres sentir en plenitud la albricia que el Domingo esperado vendrá, antes ¡para, detente, y piensa en Su Buena Muerte! La del Crucificado valiente que desafía los males de la salud corpórea. Paso de los siglos, atesorados en legajos que todavía encierran misterios bajo una devoción a la que la ciudad invoca Su Sagrada Custodia.

Fíjate. No está rendido al dolor de saetas metales. Navega con porte de virtud que otea horizontes y anales en la noche de los tiempos. Libra siempre de la catástrofe y es esencia de la medieval naturaleza que la Fe impuso, pero con el Amor deleita. Verdea la Vera Cruz la vida que el tonelete enfunda. Tronco de Jesé, raíz de la fe traída de Castilla y que entrega a Granada tras la Reconquista de credos. Savia que bebe del leño, ahora de brotes cincelados, en un Renacimiento sin fin. Santísimo Cristo del santo de Hipona que desesperaba por comprender la Trinidad de tu Nombre y, como los buceadores de historias, cuando a punto están de llegar al hilo definitivo de tu esencia... una ola, que el origen de Todo se traga y vela para siempre en los secretos de la Historia. Las reglas aterciopeladas, las mazas de la cohorte consistorial, el alma destrozada de ese relicario emplumado de sangre legada... Todo sucumbe, Señor, cuando el estertor de la Cruz se alza al cielo y sí se mueve en un ardor secular de rezos.

¡Qué paradoja!
Justo cuando descansa
el aliento en la Tierra
del que es Uno y Trino,
dándote cobijo, Granada,
aguardas en Su eterna morada.

En eso, José, no tuvo más remedio que agarrarme el brazo para no desmayarse. Me supuse que el calor de la tarde estaba siendo ya mucho —que ahora también marzo veranea— y le ofrecí al hombre un descanso, pero con una fortaleza inaudita se repuso, aunque no me ocultó que estaba al borde del llanto. Imaginé un drama personal, una herida calada de esas que, cuando ves a este Cristo el Lunes Santo, te transporta a un momento amargo, pero también reconfortado en el don de Su costado. Agradeció reposar en algún banco y mientras insistía en que le contase más del relato.

BAUTISMO

Y así llego a donde recibí aquel primer hálito del Espíritu, regalo inmenso en la pila de bautismo. Por San Antón cruza un puente y, bajo él un río, que recoge para nosotros la necesidad y bondad obrera de un barrio construido a sí mismo. ¡Cuánto le debemos al Zaidín! Allí se erigió de la nada una parroquia y un plano de avenidas, bloques de padres y madres de familia y hasta un estadio de emociones. Por aquí pasan todas las nóminas de nuestras cofradías y también ellas se armaron de cálidas intenciones que fraguaron cuatro cardinales estaciones: inviernos de humedades en Santa Adela, primaveras de vergeles, auxilio de terrazas en los estíos, otoño en las hojas que refleja la torre del velero del Parque de las Ciencias. ¡Cuánto has ganado, cofrade, un Martes de trabajaderas pioneras que reparten Caridad, guiadas por capataces con solera! ¿Has agradecido ya la ventura que el Jueves te regala la Redención del mejor Alumno de la clase de Amor al prójimo? Es la lección que como nadie explicó Don Bosco a quienes forman carreras y vidas y al que, por cierto, le inspiró un santo de periodistas. Y el Lunes... ¡Qué Lunes tienes, Granada!

Hijas de Jerusalén, que anunciáis bajo el paso el Evangelio prendido de la faz de un paño poniendo los cimientos de templos sin ladrillos y calles fuertes de verdad. Lleváis desde el faldón la Luz que estaba escondida en el celemín de una capilla transitada y anhelada por devotos. Aquí veo el ágora de la fe, la que une a conversos y a gentiles, a convencidos y ateos. Buscan lo mismo: ese Trabajo que dignifique y que traza vuestra hermandad, en una súplica de sur a norte de la ciudad. También aquí rogamos una dádiva bien clara: coronar a una Madre que, desde la calle Navarra, borda a Su manto todas las demandas y exvotos de culpas,

propias y ajenas. En este barrio, además, hay Consuelo y Resurrección de fieles donde había campos yermos de devociones. Aquí, la libélula de la Salud sana; el pie sagrado del Cristo que se levanta se desgasta junto al Polinario; existe el Triunfo de la generosidad de altares en el Domingo glorioso y en la Inmaculada. Aquí, fue mi revelación inscrita en una partida de bautismo que un jesuita humildísimo, el padre Olivares D' Angelo, nazareno de ruan en San Lorenzo, dejó como legado a mi stirpe. Y de un expediente sacó el compromiso cristiano que hoy venera el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, supremo dador de vida en el Madero de su fecundísima Lanzada. Brota de Su costado el agua de una casa que fue también hospicio de mis abuelos y sangre no heredada pero felizmente encontrada, la que también se bautizó en un barrio que lleva mi nombre ante el Altísimo. En el Zaidín, Señor, ¡tengo mi Jordán y mi discipulado!

En esta buena casa para Granada, hospitalaria y luchadora, también hay tramos que vencen reparos, estúpidas barreras, torpes prejuicios. Hay inclusión en las filas y se hace camino andando. En la Redención han sido precursores en quitarse la venda y no ver descartes en capacidades diferentes. Hacéis la hermandad desde todas sus aristas y ya cunde el bendito ejemplo en esta planilla integrada de puestos de salida para levantar a pulso todo el peso de la solidaria cofradía. Retos del día a día superados por la voluntad guiada por la mejor encomienda.

ROMA

—Otra gran hazaña —comenté— fue la que consiguió una peregrinación que trajo a Granada una tiara cuando una Madre, que apenas tenía el último roce la pátina, ya alcanzaba con Su Gracia las colinas romanas.

—¿De Roma, dice? —se extrañó José.

—Sí —dije. Le expliqué a José que, de Minerva al Coliseo, resonó un llamador que solo desde nuestro puente suena más alto. No hubo nada más hermoso que el apellido andaluz de aquel junio jubilar consagrado en una bula timbrada por el papa como granatensis. Un cura de pasión mariana —ese Iniesta de nuestra vida cofrade—, un pontífice ya santo rendido a sus plantas, una hermandad que sobrevuela la historia, una ciudad de ferragosto derretida a Ella. La que tiene manos de Aljarafe y lleva prendido en su palio un enorme mérito: ser el único que ha pisado la plaza vaticana; solo uno y es de Granada. Mayor Dolor la llaman y es la Madonna que la curia y el pueblo sobre una calzada tiene, aquí y en la ciudad santa. Expiración soberbia entre dientes de perfecta tristeza de Viernes que Iliberis ganó cuando se fundó la túnica escolapia. Cuando la hiel de la tragedia empapa el alma, esa voz certera que encomienda el Espíritu trona frente a la Carrera del Amor Materno y un suspiro de alivio recorre en escalofrío el ocaso de la jornada sexta.

Capas y anagramas,
luto y belleza,
brocado de oros
sobre el azul más noble
que escoge manto
para salvar la tarde.
Continuidad de negros
desde que un campo regio
alumbrara, en la hora fatídica,
la última morada de la carne
de Quien ya no es cuerpo,
sino siempre, Hostia consagrada.

REALEJO

—Dicen que escogió el Realejo porque aquí la quietud es inmensa —le cuento a José, que me sigue taciturno porque algo barruntará— al llegar a este ensanche. Que la plaza disimula el enorme grito rasgado en la noche que apabulla apenas iniciado el clarín solemne. Sobra el refugio cuando el firmamento se derrumba sobre la gente. Todo está consumado, sí. Todo está ganado; todo nos lo ha ganado Él. ¡En este Campo sí se sabe del silencio de la muerte! Y cuando ya se busca Misericordia en el regazo escogido frente al abismo del dolor, todo se calla, arrodillada la muchedumbre sin bando previo ni llamada a la oración. Todo se palpa tan fuerte que es esta ciudad el sudario perfecto que envuelve para recoger el más grande Favor: ser pie de Tu Cruz, Señor, cuando son las tres de la tarde.

No faltan priostes que unjan la mirra recogida junto a aquel lejano pesebre y ya la campana se duele de un Amor que no predica, pero sí salva. Todo el barrio se une desde la más antigua a la última cofradía para ponerle cortejo al luto y solera a cada paso con el que ha precedido el sepulcro.

La Hermandad de la Humildad entona un salmo ceñido en rojo: «Llegue hasta Ti mi súplica» (Salmo 88). Hay que ser de casta muy noble para defender a un reo de burlas y escarnios cuando ya nadie le ofrece caridad. Tan bueno es el consuelo de estos cofrades que los dominicos les otorgan el triple privilegio de sacar su cruz para velar un llanto que ni el cielo puede anudar con las tenazas del milagro. Se insiste en coronar de campanas el Edén anunciado con el mismo barro del que surgieron el hombre y la mujer, pero todavía no hay visos de gloria. En esta reunión de cristianos no hay soledad de principios ya que su sabiduría inunda, cual

Suma Teológica, todos los rincones de ese castizo marco. Ordenó el dominico santo Tomás «derramarse fuera» y así lo hacen los rectos, ordenados y sencillos hermanos como inspiró Quien va siendo anunciado con el mejor himno de un Martes —otra vez el perfecto Martes— en una calle que es toda una jaculatoria tierna: Jesús y María.

Esta hermandad es de anunciar por Cuaresma jóvenes arengas apadrinadas por el Dulce Nombre del Niño más querido del Realejo. Aquí no hay negación ante el estandarte del gallo: se saca orgullo al final de las escaleras del Calvario para ‘diademar’ de Reina a una Mujer que lleva enrojecida la mirada de Soledades.

Volví a notar llorando a José, esta vez sin complejo y frustrado, cuando escuchó —por mí— como en esta plaza de Santo Domingo una marcha coral también se entona con sonos de Victoria. Avanzan con Él, que los guía de frente sin volver a atrás. Su fuerza es la fe que se comparte como cuadrilla unida al costal. Apenas hace falta una voz completa para cruzar el trampantojo. Fueron osados luchando por llevar un apostolado que hoy es envidia en su andar. Aquí los manjares son pasos medidos que sacian el hambre de hermandad en el banquete angelical. Me quedo absorto en ese roce con el que las bambalinas pliegan sus escudos guerreros a un tratado de paz que los varales dorados enaltecen ante Ella. La que viene guardando la Alacena más sagrada del pantagruélico almuerzo que nos libera: Eucaristía que se reserva en la dulce sonrisa de un Domingo celestial.

Jesús de la ternura, instituyes el bendito Sacramento cuando todo comienza y nada acaba, con una cofradía reluciente que tantas palmas aguarda.

TRES BARRIOS

Anclada en la vorágine del tiempo, la raíz cofrade se transforma como la energía, que no tiene principio ni fin. Sale airosa esta devoción que fue de cocheros y hoy es de almas, cimentando su fe en dos arrabales que une un Vía Crucis de Cuaresma. Él purifica y embellece el relato trágico que un centurión se empeña en enseñarnos. Ya sabemos, soldado, el relato. Lo que tú no llegas a comprender —marcial arrogante— es que ese Hombre vencerá cada día y cada hora más batallas que cualquier osado tirano rodeado de armas. Desde palacios o cuarteles jamás se llega a enviar la legión definitiva que tiene la Hermandad del Rosario que, en una tarde y una noche, ha servido al Señor para conquistar, nada menos, que tres barrios: Albaicín, Centro y Realejo son plazas ganadas al son de Su marcha. Con Su mano siempre ampara a Granada, pues no está cayendo, sino que de esa piedra brota Su Iglesia. Santísimo Cristo de las Tres Caídas, sobre el canasto Te acercas a sanar las heridas del rebaño que recibe Tu bendición.

¡Hijo del Albaicín,
Vecino del Realejo,
danos Tu paz
ante el milagro de verte sanar
el pecado del pueblo!
Y...

Todo se alza en alabanzas
desde Santa Cruz la Real,
cuando aquí un campanario
sigue velando esa procesión
de cuerpo morado presente
en la plaza dominical.
Desbordada en ovaciones
escuchando salves a la mar,
que siempre calma
ese manto de candor virginal.
Se dice que el Rosario
siempre lleva más cuentas
en esta tierra que consagra
a un puerto sin amarres
su gloria celestial.
De barcos se entiende,
aun en ausencia de cauce;
se lanza la maroma
a quienes dudan
si partir en travesía incierta.
Se rezan las loas
que mecen las cuadrillas
esos profetas del costal.
Madres del Realejo,
párvulos marianos,
pensionistas que calientan a soles
la memoria de las antiguas labores:
el barrio está contigo María,
Rosario perpetuo,
salvación de los entuertos.
Candelería sin rival
en la noche sin fin.
Ya no se darán más lances
que los que el firmamento canta
a Esa Estrella maternal,
de regio andar cada Miércoles,
¡nuestra Guía en el camino pascual!

TRABAJADERAS Y CAMPANARIO

En esta aula de saberes cofrades también se quedan las voces que llamaban a los hombres de abajo con tenaz entrega y afán de enseñar cómo es la dicha de andar bajo el Señor y María. Se superaron los miedos, cuadraron las listas y llamaron con humilde voz de mando a cientos de nombres. Se sucedieron las añadas y los padres repartieron el peso con sus hijos en una ‘mudá’ sin final. Porque nunca acabará el legado de aquellos señores que dieron sus horas de sueño y descanso terrenal para que se llevaran los pasos con brío, desterrando ruedas y aquellos contratos por jornal. Osuna, Toro, Carvajal son solo el respiradero frontal por el que se evade la jovial inocencia de un coloso panal de ensayos que, en las alturas o a ras de los Girones, Molinos o Fortuny, se consagra en una llamada al cielo: ¡siempre de frente, valientes, en esta eterna ‘chicotá’!

Me llevan esas noches de espera de la cofradía a la silueta de un campanario. El sudor frío de un Hombre frente a su destino rompe la blancura de una torre que sabe de amarguras como nadie. Conoce de memoria hazañas de costalería, versos de cofrades en madrugadas eternas y reparto de sitios en la antesala —algo desangelada— del Lunes con afán y, como era en todas partes antes, con pocos enseres en el inventario. Aquí, un poeta del cante eligió este cruce de piedras para poner ‘quejío’ al llanto, sin aire, de una Mujer herida. Presa de no repetir vivos momentos acurrucando, alimentando, atusando trajes mozos cuando el viento todavía llamaba «mamá» al Rostro que hoy apenas tiene aliento. Cuando ese palio cruza el dintel y sufre el patero el desnivel de un giro con nombre de marcha de Font de Anta, recuerdo siempre las madres que no vuelven a tener en casa el fruto de su vientre.

Hay también mujeres condenadas al desprecio, abandonadas de amor, sometidas a condenas de carceleros del odio y la frustración. Pero la tentación de abandono aumenta la soledad, no esquiva la miseria del bofetón sin dar el auxilio en tantos huertos de dolor y cerrazón.

En ese fanal de Santiago siempre está el consuelo de la Madre y también la enseñanza del Hijo Amado. Si el Lunes Santo conmueve ver a Cristo en su paso abrumador, estar frente a Él en una mañana como esta es algo inolvidable. Amansador de nervios, cómplice en la escucha, Jesús Orante me ha trasladado a la Transfiguración del monte Tabor. En aquella altura, Moisés y Elías eran los presentadores de la Epifanía. Querida Cofradía del Huerto: tenéis un cobijo excelente bajo el patronazgo de la Madre de Dios. «Escuchadle», nos dice el templo. Acampado en el Real Monasterio Comendador —ante el Crucificado de fray Hernando—, os digo, os ensalzo rememorando el Evangelio desde ese corazón: «¡Qué bien se está aquí, Señor!».

Y poco a poco, la luz del Realejo se va tamizando más tenue en la hermandad que divisa desde su cerro. Allí, las tristezas se empañan de recogías de ensueño, con una Virgen de deseos a la que los piropos engarzan el pecho. En volutas de encaje, van llegando las ofrendas al frío suave de la cuesta de San Cecilio. Misericordia le llaman, pero hay quien osa a decirle lo guapa que lleva la pena, ¡‘Greñúa’ del más alto cielo! Me cuesta hacerte gentil en esta casa de Sión. Shalom es la paz que traza el verso de una saeta castiza en un balcón de madera cuando pasas a la vera de una parroquia, en la que Falla dedicara sus notas al Santísimo y que Tu honra adoró en el primero de los principios. Reina excelsa de consuelo, Mediadora del más generoso amparo. Misericordia, no nos faltes en la pena vulgar que es cruzar este valle y del que eres nuestro Auxilio perpetuo.

Y es cuando te recomiendo ese sol tan cegador que al Cristo de los Favores envuelve, con sudario de luz, nada más pasar el arco celestial de su capilla casi patronal. La agrupación entona solemne *Cantemos al Amor de los Amores*, Ese Crucificado que tiene toda Su sangre de caridad derramada en un pecho inflado de Palabra.

¿Y quieres que Te pidamos Favores, Señor?

Si ya nos has hecho Tú el más grande de todos:
ser nuestro servidor en la Tierra y en el Cielo,
el mejor Guardián de toda la Naturaleza
que Dios creó y que el alto Realejo
goza para sí y para Granada
en una tarde ya para siempre eterna.

BELLEZA

Conmovid, José se pegó a mí en el tramo que universalmente todo viajero quiere recorrer en Granada. Le dije que se preparara para admirar una maravilla sin igual, de la que estamos los granadinos orgullosos y también confiados. Subimos rezando porque, así, restamos escalones a la belleza prometida. ¿No diréis que ésa no es la mejor definición de llegar a la Alhambra? Por Plegadero Alto ha subido muchas veces mi alma ávida de bosques y decenas de columnillas abrazadas en canasto de adornos. «Aquí llego», evoqué. A la república de los atauriques. Busco a Esa monarca imperial en las aldabas, en los tondos, en las vestiduras azuladas... Ella mejor que nadie sabe lo que es amparar en Su recinto a todas las creencias y a las ortodoxias ateas. Llegó mucho más tarde —ya lo sé— que la llave que mano alguna toca para que ningún tesoro se arrastre lejos de Su puchero de pena.

Carrera de damascos, batalla de añiles bajo bosques celosos de Su pureza. «¡No tardéis en devolverla!», gritan las piedras, centinelas de odios y venganzas de aquellas dinastías de realezas. El viajero perpetuo de mágicos cuentos saluda Su sudario escribiendo inacabables leyendas sobre los arroyos. Ajenos y defensores cofrades del Sábado admiran el primor de taracea y recogen testimonios para las embajadas de todos los países.

Qué estampa la de aquel fotógrafo que tenía enmarcados en los daguerrotipos modernos a los hombres de los verdugos blancos que portaban ese trono de suspiros bajo la Justicia.

Se anuncian ráfagas de hilos de plata, estandartes y casullas sobre chapines de brillo. Y también los respiraderos de una Purísima Patrona quieren besar el viento

de la plaza abierto en sus carnes de consuelo. Sanan Sus pliegues, sacados enteros sin mancha de un solo tronco de la Vera Cruz perpetua. Conmueven esas manos encadenadas y sutiles enamorándose por un Vínculo divino.

¡Quién como Tú
regala dulzura en el tormento,
Madre de Angustias,
que, por marzo o abril,
tiene a Granada
amparada en su azulino manto!

Bajamos la cuesta Gómez, ansiados como Stendhal y con el alma en el Sabbath...
Y me dejas memoria otra vez este sueño...

PASSIO

No puede el son del rezo templar el nervio que recorre este eje cardinal en mi pensadero. ¿Cuál fue tu impresión cuando avanzaba la cohorte de la Passio? Cristos de Mora y Rojas que pregonan la mejor catequesis que el pueblo devora: tren de escuelas inmortales, estación de vida contemplativa que al alba destruye cualquier titubeo contra la reforma de Trento. En la calle la Cárcel: Sentencia, Amargura, Perdón y Misericordia. Solo bastaron Ellos para que mi Fe se elevara a una existencia ligada para siempre a la imaginería de la que, como cofrade, quiero ser entusiasta penitente.

Hay dos tallas que son mucho más que obras inconmensurables que nos anudan al pecho las verdades de lo que se conoce como el estilo granadino. Sostiene una prestigiosa saga de doctores del Arte que aquí se cuajó una forma de tallar, que es el ADN de nuestra tierra. Jesús de la Paciencia es obra de toda generación cristiana y bandera del sentir cofrade. Él sabe que su propiedad pública no es ya un legajo que diga quién lo amortizó en cambios de manos y capillas. Conoce a Granada desde hace siglos, recibe ofrendas discretas y sinceras en cuanto la puerta de San Matías deja de ser un vano más y es traspaso imperial. Paradigma de la escultura sacra, esa levadura que se amasa en tocones es un don del Espíritu para el bien de los hombres y las mujeres. ¿Que cuándo me acuerdo de Ti, Señor de la Paciencia? Pues cuando mi vorágine interna ha desbocado en ímpetus absurdos de cólera o sonora queja, Tu mirada, Hombre Salvador, viene a confortarme sin pedirla. Paciencia es la merced para las Penas y la pócima contra los soberbios. «Perdona a tu pueblo» queda para quienes oramos en la tarde que todo lo parte: ese Miércoles en el que Tú eres el centro de la calle, de la nómina y de la Semana

Santa. Nace de Tu espalda el sol de las heridas. Irradias la paz con la que llegas, Te quedas sin pensarlo en un compás abierto de Tu cuadrilla y vas repartiendo el milagro que transmuta en olvido las cicatrices preconcebidas. Culminas Tu obra en un paso de plata que ya casi es patena para el primer pan que se consagra en el cenáculo de Tu añorada escalera de San Matías.

Porque ya casi sería Jueves y luego vendría la Madrugada... Antes lo dije, pero ahora falta Él para cerrar la Pasión por Granada.

—José, presta atención... —le dije absorto en mi pensamiento...

«Y cómo no enfrentarme a la gran paradoja de anunciar la llegada del Varón de Dolores de nuestra Madrugada dejando que el Silencio sea la radio y mi voz un terno suave donde las palabras se escondan. En una placeta donde antes triunfó la luz, ahora apenas un foco muestra un rostro encumbrado a dogma popular. Granada muere en ese torso henchido por la humillación... cayendo ya el luto de un nuevo Viernes Santo. El Silencio es un espasmo en el alma que cruza veloz la ciudad, que apenas tiene para asirse un poyete del Darro. Imagino esa retransmisión de aquel poeta y pregonero del 99. No se desvanece ese soniquete ni tampoco el del río que llora y llora en una amarga duquela. Amante de la fe o huido del templo: todo el mundo contempla encarnecido el rostro del Hijo de un Genio. ¿Acaso no fue Dios quien ensambló las piezas elegidas por el personaje esquivo que, de Baza, trajo gloria a la casta granadina? Cuánta suerte tenemos de saber cómo llegó el bendito encargo a una capilla de san Gregorio, el Bético, iluminada por sencillos hachones para velar un sepulcro que acabó siendo la excusa para bajarte, Señor, del cielo. Se hundió el estilete en la veta hasta colmarse de un anatómico sufrimiento y, meses después, con la oración de un padre prior comenzó en aquel templo una devoción que hoy se derrama en la noche de más escalofrío. Luego, llegarían la taracea y el cortejo, san José y san Pedro, el traslado del Miércoles, la copia (qué le vamos a hacer, la copia) y san Nicolás, las Tomasas y el Salvador. Se quedaron reflejos de fotos de cuando Cristo casi besaba balcones albaicineros y ahora, una ingente masa alza su luz móvil para romper el negro escénico. Habría de venir todo, que ya el Todo nos lo legó Mora en una casa de Mascarones, colmada de singulares tratos y tertulias clericales presididas por el reputado escultor de la Corte. Así hasta nuestros días, en una capilla que indagarán el historiador y el asceta y el cofrade en busca de consuelo. Así se parió la mejor historia de nuestro pueblo místico. No hay parangón, solo queda Él, primero en la Salvación, siempre en su Misericordia. ¡Guárdanos, Padre y Cristo del Silencio!».

SOLEDA

Pero ese mismo Viernes, del que acabo de narrar las primeras horas, tiene después el relato de la Madre que ya no besaré más esa frente. Y vuelves a estar, José de Mora, en medio del punto en el que el caudal se hunde amargamente.

Aquella Madre que no levanta los ojos, pero mantiene la entereza pactada con el Ángel cuando era chiquilla absorta al Mensaje de Yahvé. ¡Cómo pensar entonces que el velo negro albergaría el luto del alma cristiana! ¿Quién habría pensado ante la inclinación de Gabriel que, ahora, las lágrimas se ahogarían en un cuello que abullona el dolor? Saber que la Soledad de aquella hora nona llegaría ciertamente fue la visión del anciano sobre el puñal hundido en el corazón servita. Porque Su Misión siempre fue servir la honra de la primera Candelaria. Aquellas ofrendas, con san José a la vera, no aventuraban un luto castellano que hoy tiene su rigor en un Entierro que esta urbe llama Calvario. Vuestra honra, hermanos del Sepulcro de Cristo, es pregonar la vida en la hora más amarga. Ante lo que unos verían como evidencia de sudario baldío y escaleras yermas, otros avistamos una realidad eterna. Y, sí, la duda está siempre presente en banalidades de creído, pero solo hay algo que sencillamente convence a este mundo vacilante:

Caballero o pagano
no mantienen la cordura
en ese Gólgota,
que Tú iluminas,
esperando vencer
la miseria de la muerte.

Pero ya empieza a tornarse el negro en verde, José. Me pasa cuando miro el reloj en lo alto y mi devoción me trae ese rocío resucitado a la frente. Y me llegan el piropo y el cruce absorto con Su maternal mirada. Tenía que ser en San Gil donde todo volviera a renacer en un brote de fe que se queda para siempre.

ORACIÓN

Eres ‘petalá’, y canto y rezo y relente
que corta la ofrenda de Tu cera.
La honra de Tu estirpe se hace tondo
en el que alabar el anuncio que, en marzo,
convierte a la Mocita en virginal Sagrario.
Las loas de alabanza en rayos de besos
que Te coronan Emperatriz en diciembre,
en la víspera de abril Te acicalan de hebrea,
la más gentil vestimenta que los alfileres Te prestan,
antes de entronizarte Reina, en peana de salves
que no habrá de enterrar la amargura.

Siete de la tarde: Partal de luz. Estípite de oro que besa la testa que Tus hijos
deudores pagan con lealtad. Tu palio es un Dar al-Horra de arcos peraltados con
una letanía de santos que Te alaban sin fin.

Regente de la Basílica que la Caridad arrasa,
Triunfante en el Tabernáculo,
Vergel que Tus devotos
riegan de verde en plegaria sincera.
Tu cobijo es la razón
donde no decae el buen empeño.
Y si la desazón nos tienta,
más grande es el temor que alientan las ánimas
al perderse en un mar sin timón.
De humildad desprendida quieres
Tu capilla señorial repleta.
Si por Ti fuera, dejarías terno
bordado, jarras, joyas, fajines y telas.
Todo está de más frente a Tu maternal abrazo.

De viuda vestimenta Te vieron en centurias
y solo tres prebendas
al Altísimo rogaste
para acoger la Consagración eterna.
Sudario de llantos,
Sepulcro de vencidos pecados,
escala redentora que al fariseo y al rico
derrumba en su blanqueo buscado.

Tienes andas de zambrana y costal,
legión verdadera, ajena a la guerra,
embadurnada de fe en la trabajadera,
obediente al reclamo de la ‘mecía’.
Sincera a la orden:
que no mueva inútilmente el varal.
Bellotas que besan los mástiles y
susurran que sigue llorando la ciudad.
El consuelo es la virtud
de Tu andar triunfal y sereno.

Redimes al mendigo que en el banco yace,
gélida posada que le sobra a la sociedad.

Enalteces a la que sufre por la tentación del mal
y resiste con Tu amparo el parto
del que una feliz criatura nacerá.
Perdonas al condenado,
le exiges redención sincera
tras la pena impuesta en tribunal.

Añoras las piedras que Te acogieron y,
en desamortización de errores,
se levantan cual torre de piedad
para evocar el don que a Risueño diste,
y que ahora goza en la Eternidad.

Bandera de nazarenos
que la honra mariana
en escapulario bordan.
Hermanas que visten el duelo
en estoica plegaria.

Génesis del Todo,
Éxodo de tristezas,
Proverbio de gentiles,
admiración de sabios,
Salmo de gracias y Cantares.
Testamento de virtudes,
superlativa querencia
de querubines y potestades.
Honra de la estirpe
que venera la Torá.
Esperanza es Tu nombre
y los labios queman
cuando Tu presencia está cerca.
¡Corona de fieles,
dignidad de orantes!
¡Mi fe es plena cuando Tú, Señora,
en Santa Ana me esperas!

AMDG (Æ MAIOREM DEI GLORIAM)

Entonces le empecé a hablar a José del Domingo más señalado, que comienza en maitines de campanarios cuando emerge la tenue luz del primer templo. Vinieron los celestes, los ropajes ampulosos y festivos de una Madre en albricias que recibieron, con razón, el nombre sempiterno de la Alegría. Se hizo el haz de luz, arrasó la piedra dormida, renació en el Sagrario y colmó de campanillas el sonido de la mañana más lúcida de la Historia. El virginal abrazo el último día cuando Cristo ha Resucitado y el immaculado paño consagrado que la ciudad reparte en forma de Eucaristía. Cincuenta días exactos para deleitarse en el momento de gozo y preparar el himno de la Sangre Preciosa (Pange Lingua). Se acalló la discusión de los discípulos, «hijos del trueno», quienes creyeron viendo y anunciaron a otros el gozo de verlo. Se destapó la cortina que el Manifestador supremo aguardaba con la veneración perpetua en una oración continua. Llegó el vocerío de chiquillos que sin hábito si quiera portaron unas andas y tañeron los barros de vasos nuevos moldeados por el bendito Alfarero. Al nombre de Facundillos responden llevando a Cristo vivo, hecho también un Niño pero que la Cruz ya no esconde porque es la mejor estampa del nuevo Evangelio.

Y en ese maremagno de viveza celestial nos llega fresco como los neveros el blanco más puro que solo el Triunfo de María lega en su monumento vegetal. Ardid de paraíso en esas fuentes colmadas de frutos sin vicio, libres de mancha que Ella, Inmaculada, ha desterrado para siempre.

Flores para la Virgen
que ni el palio cala
porque su jardín es un mayo
colmado de certezas
que hoy por fin son Verdad.
Dulce es la Victoria,
campanario de Vergeles,
tañes sin cesar
esa loa desde el alba
para toda la ciudad.

Resurrección de Cristo entre izquierdos y pasos al son que el banderín del crisma anuncia, reinante, cuando al fin lo precede el cirio pascual. Se alza la mano que guía el camino sin final y en el Sagrario luce la bandera del nuevo Sacerdote, Rey del Universo, que ya puede cantar su Gloria. Vuelvo a la plaza del Sagrario —Alonso Cano tenían que ser sus apellidos, culmen del mejor catálogo de sueños—. Allí avanza María tras su Hijo cumpliendo la profecía que esta bendita tierra siete días antes anunció con el palio que es una Torre de Marfil. Ante el tondo de José de Risueño —otra vez el recuerdo del Consuelo y la Esperanza—, el arco toral encarnado se mimetizó en el fruto de María Santísima con el mensaje trino que, en ambos símbolos, el perfecto Arquitecto cobijó. A su ventura encomendamos nuestras templanzas que Ella convierte en fortalezas. Llega María Santísima de la Encarnación bajo palio dulce a la vista y luminoso, con la grandeza que da sentido a todo. Un 25 de marzo creamos que todo empezó para que nueve meses después naciera el Niño Salvador. Y como certero anuncio del Arcángel, Granada tiene el privilegio de ser testigo de la buena nueva de un Domingo de Ramos.

Y en esta disertación que le contaba a José salía del Sagrario tras extasiarme en la Adoración, cuando me percaté que él no me seguía ya. Entré y no lo encontré en el templo. Tampoco aparecía en la plaza cuando me sorprendieron la mujer y aquella niña que recordé, nombrada Elvira. Se acercó, me dio un legajo y leí extrañado:

«En este punto me desvelo, agradecido por el relato que me has contado, que jamás pensé tan duro y bello, al mismo tiempo. Como Protector y casto Esposo concibo que mi misión ha sido colmada de la bendición que el Señor dio a la generación que en mí acabó y en mi Hijo empezó. He sufrido el tormento del martirio como tantos han visto el dolor en su amor máspreciado: su descendencia.

Pero sé que, gracias a Jesús, todos esos calvarios —injustos e innecesarios— fueron redimidos en la Santa Cruz. Por la Puerta que llamáis del Perdón ascenderé a la morada de la que soy patrón en Granada, vigía del campo santo y tutor de esa parroquia donde Cristo siempre vence a cada instante la muerte y que, en un portento de Crucificado, es la dignidad de Su Pasión, la gloria de la ascética y el preciado don de la oración. A Jesús de la Misericordia custodiaré y frente a Su Gran Poder también estaré, siempre a la sombra María, Reina de Cielos y Tierra, la Honra de la especie humana que, una vez Asunta, es ya la mejor Intercesora del cielo. Y ante esta catedral, orad al misterio de la Encarnación por el que Todo se renovó sin culpa anterior y sin pena legada por los siglos. Tened como veleta de la Fe al Pregón de los Pregones del Sermón de la Montaña: el de todas las Bienaventuranzas; y confiad vuestro anhelo al Mandamiento nuevo y más preciado. Dios me llama a su Reino y a ti te digo para Granada: ¡Confía eternamente la Paz y la Vida a Su inconmensurable Nombre!».

Atónito me fijé en el saludo lejano de aquella chiquilla con un gesto junto a su madre que ya sí ubiqué encima del paso en el que el asno de Betfagué guiaba, humilde, al Señor de San Andrés y de la Entrada al corazón de nuestro ser. Distráido en ropajes distintos, sus expresiones eran calcadas al relato que pasea por las calles una vez al año. Entendí que fueron cómplices anunciadoras de lo que el Santo Patriarca quiso traer a nuestra Semana Santa: la pureza con la que llega el Mensaje del Salvador y que, en este texto, he tratado servicialmente de comunicarte a ti.

ÚLTIMA PALABRA

El tiempo has de aprovechar, cofrade, en todos tus talentos si quieres saborear todo el fanal de venturas y emociones que estos días tienen aquí. Justo antes de la visión del sudario ya vacío corre un suspiro que apenas podrás alcanzar en pocas horas y muchas vísperas. Mira la portada de Cuaresma de este día y sé protagonista de esa espera entre ciriales que una puerta ya anuncia.

Lo que sí te pido es que preserves los legados y cortejos: cofrade, capirotero o convenenciero. Llena de alfiles entregados el damero frío de la catedral, llega hasta su Cordero Pascual y besa ese santo lugar que a los gozos de María se consagra. No dudes en caminar con tu cofradía, donde todos somos peones de la fe. El tablero del amor todo lo inunda y, ahí, los títulos de la nomenclatura son excusas para llegar hasta la verdad plena que en esa arca de la alianza habita. Reflexiona, rodeado de doctores de la Iglesia, bajo la bóveda estrellada que palia la girola que una custodia viva aguarda. Recuerda que esta ciudad muere por ese sueño de una semana de primavera. Cultiva, hermano y hermana, la unidad; sáciate de formación, de cultura y caridad. Huye de la fe carbonera, no abuses del espíritu ganivetiano y degusta un poquito del frenesí lorquiano. Y confíésale a la ciudad, a la fiesta mayor y a la Eternidad esto que ahora digo: que estoy enamorado de Ti.

Y en un grito de meses,
aguardando impaciente,
exalta sin pudor:
¡Viva por siempre
la Semana Mayor,
y el Valparaíso del que, aquí, nació!
¡Que, siempre y por los siglos,
esté en Gracia de Dios!
...Y sea Él Quien diga
la última Palabra.

Muchas gracias.

Iniciose este texto que con tanto cariño he abordado en honor de nuestra y mi Semana Santa el 24 de septiembre de 2022, Festividad de Nuestra Señora de las Mercedes, Guardianana de la Gracias del cielo. Acabose el 17 de enero de 2023, san Antonio Abad, Custodio silente del atrio de los Nazarenos eternos.



REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y
COFRADÍAS DE SEMANA SANTA DE GRANADA